



Gabriel Janer Manila

Introducción a «Infancias soñadas y otros ensayos»

En el imaginario de nuestro tiempo las imágenes de la infancia que permanecen vivas y alimentan el recuerdo son, a menudo, imágenes luminosas, soleadas y claras. Lo son aquellas con las que Antonio Machado construye su «Retablo», publicado por primera vez en abril de 1908 e incorporado más tarde al poemario «Campos de Castilla»: «Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla, y un huerto claro donde madura el limonero...». Muchos años después, en febrero de 1930, derrotado y enfermo, Machado inicia sus últimos versos -ya no va a escribir más- con aquella evocación: la seducción por un pasado lejano y hermoso: «Estos días azules y este sol de la infancia...».

La mirada del adulto sobre el niño que fue, o sobre el niño que quiso ser, se extiende a lo largo de un jardín secreto: el paraíso verde de las curiosidades infantiles. El mito tiene su historia. Se trata del mito de la inocencia infantil que toma formas diferentes según las culturas y en cada momento histórico, que resiste el paso del tiempo y continúa en el imaginario adulto de nuestro final de siglo. Puede que sea una herencia romántica, anterior a las guerras que han marcado contundentemente nuestras vidas, anterior a la proliferación de los barrios periféricos, a

la contaminación del paisaje, a la polución. El mito revive y seduce nuestra memoria frente al descubrimiento de los estragos de la realidad. Es probable que esta infancia soñada, poblada de niños que no quieren crecer, como Peter Pan, de niñas inquietas y curiosas, como Celia, audaces, como Pippi Langstrumph, rebeldes como Matilda; de niños temerarios, impetuosos y soñadores como Guillermo Brown y Nils Holgersons, dotados de poderes mágicos como Harry Potter, nos lleva a la reivindicación de algunas cualidades de las que carecemos: la fantasía, la imaginación..., la idea de que la infancia consiste sobre todo en la capacidad de sueño, porque no es exclusiva de unas personas con una determinada edad, «Yo no estoy seguro -decía Antoine de Saint Exupéry- de haber vivido de verdad después de mi infancia». Pero nuestra mirada sobre el niño está hecha de nostalgia y cinismo. Sabemos que hay niños de verdad que mueren de hambre, que otros son maltratados, violados, que nuestro tiempo comete monstruosidades con ellos: la explotación, la esclavitud, la prostitución. No se nos van a borrar de la memoria las imágenes transmitidas por televisión de una niña colombiana lentamente ahogada en un mar de barro. Charles Dickens hacía llorar a los lectores de su tiempo con escenas de niños que morían en sus novelas: el pequeño Paul Dombey, el pequeño Jo, la pequeña Nell... Nuestra mirada, de nostalgia y cinismo. Puede incluso que exista un cierto parentesco entre Alicia y Lolita. Pero la infancia que soñamos -resuena el eco de Rousseau- cumple una función: la de ahuyentar el riesgo de destruir aquella inocencia que me ayuda a soportar mi experiencia de adulto.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo